

el movimiento de reacción contra el determinismo filosófico, en alianza estrecha con el positivismo sociológico y con el naturalismo literario. Leopoldo Alas, que había sido en su juventud el más valiente y brillante propugnador en España de las doctrinas naturalistas, sintió hacia el fin de su vida necesidades nuevas y ansias de divino. Su alma fué elevada á una especie de idealismo trascendental, muy en consonancia con las doctrinas que por entonces iniciaba el simbolismo en Francia. Este idealismo tenía también algo de aquel «Real Idealismus» que el poderoso espíritu de Locke soñó con establecer en Alemania. Se amparaba de Guyan, el predilecto de los dioses, en quien Leopoldo Alas encontró un espíritu gemelo del suyo. Conservaba algo de Renán en lo que no tenía de demoleedor. Guardaba, en fin, algo de la levadura antigua; pero dándola una cocción nueva. En América era difundido, gracias al verbo vibrante de José Enrique Rodó, atleta del pensamiento. . . .

Los últimos escritos de «Clarín,» responden todos á esta tendencia. El había escudriñado al principio todos los secretos de la estética naturalista. Había tenido fe ciega en la redención por la ciencia árida, basada en esquematismos. Pero se había cansado al fin de tanto empirismo seco. Había comprendido que toda determinación es negación («*omnis determinatio negatio est*»), como decía Spinoza, de quien él tanto se había empapado. Tenía ya el alma gastada por el abuso del análisis. Y al término de su vida, leyendo á Tolstoi, había soñado con encontrar, como el príncipe Neklindoff de «Resurrección,» el nuevo sentido de la vida: «la abnegación, el bien, lo que aprendió en el «Sermón de la montaña» el día que lo leyó á

la luz de la aureola espiritual de la gracia. . . .»

Por eso Leopoldo Alas era un hombre que veía delante de sí á la muerte. Este pensamiento le hacía ser casi siempre tímido, retraído del mundo, reconcentrado en sí. Hubiera podido cantar con Julio Laforgue:

Je puis mourir demain
et je n'ai pas aimé.
Mes lèvres n'ont touché
jamais lèvres de femmes.
Nulle ne m'a donné
dans son regard son âme.
Nulle ne m'a tenu
contre son cœur pâme.

Je n'ai fait que souffrir
pour toute la nature,
pour les êtres, le vent,
les fleurs, le firmament,
souffrir par tous mes nerfs
minutieusement,
souffrir de n'avoir pas
l'âme encore assez pure.

Como Manuel Kant, retirado en la placida ciudad de Kœnigsberg, Leopoldo Alas vivió en una lluviosa población del Norte. Por la noche iba acaso á un Casino, donde se reunían hombres vanos y locuaces, que carraspeaban estruendosamente y pasaban horas muertas jugando á juegos de naipes. Y al salir por las calles enlodadas, que apenas alumbraban los exiguos faroles municipales, si un claro del cielo dejaba ver una estrella, el grande hombre pensaba en irse á vivir allá, en lo alto. . . .

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.



TRES INSTANTES

Á Emilio Valenzuela.

Oyó la tarde el diálogo divino.
Al temblar en el aire aquel *¿me amas?*
un pájaro que espiaba entre las ramas
armonizó la frase con un trino.

Y cuando envuelto en musicales gamas
un «sí» quemó tu labio leporino,
yo no sé. . . . mas el cielo vespertino
súbitamente se cubrió de llamas.

Después se hizo el silencio, y el decoro
crepuscular, en luminoso alarde,
simuló la presencia de un tesoro

en tus cabellos de fulgor cobarde. . . .
Y te abarcaba como un nimbo, el oro
suspense en la bonanza de la tarde.

II

Al cincelar tu beso en mi reproche
por vez primera, entre la noche bruna,
hubo estrellas errantes, como una
pirotecnia de mágico derroche.

Y bella, y de improviso, y oportuna,
—argentado botón de abierto broche—
esmaltó los jardines de la noche
la flor imponderable de la luna.

¿Generó tal encanto mi embeleso
cuando en la húmeda seda de tu boca
exprimí las esencias de aquel beso?

No sé. . . . pero oí en todo su armonía;
hasta el agua lamiendo aquella roca
su música divina repetía.

III

Siempre la tarde y el jardín. Arcana,
agravando el silencio de la escena,
una esquila, como una voz humana,
con sollozar monótono resuena.

Estabas junto á mí, pero lejana:
no supo tu sonrisa de mi pena;
eras copia de aquella nube grana
sobre la tarde de tristezas llena.

Y cuando te alejaste de repente,
á través de la sombra de mis duelos
y del crespón tejido por mis males,

mira tú mi visión de aquel poniente:
Un túmulo de opacos terciopelos
inmóvil en los oros funerales.

RAFAEL LÓPEZ.

México, 1907.



ALOCUCIÓN DEL SR. DIPUTADO

JUAN SÁNCHEZ AZCONA,

con motivo de la fiesta
en honor de Garibaldi, celebrada en el Teatro Orrin.

EGREGIOS VETERANOS GARIBALDINOS:

EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE ITALIA:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si la honorable Colonia Italiana no hubiera expresado tan espontáneamente su deseo de que voces mexicanas rindiesen en esta solemnidad un tributo de admiración al immaculado caballero de la Humanidad, que en su tránsito por la vida se llamó José Garibaldi, los mexicanos hubiéramos reclamado ese honor, con la convicción con que se reclama un derecho; porque si la patria directa de Garibaldi fué Italia, y á Italia consagró los frutos más sazonados de su labor fecunda, los actos todos de su vida demostraron que el impulso inicial de su existencia no era otro que un inmenso, un irresistible, un infinito amor á la Humanidad, para cuyo beneficio él hubiera querido verter todas las ter-

nezas de su alma y toda la sangre de sus venas. Sólo siento que haya sido mi voz la solicitada para ensalzar tanta gloria á nombre de los mexicanos, porque no me siento poseedor de la egregia nota épica que es requerida para cantar á Garibaldi. En breve vibrará en su loor una de las cuerdas más selectas de la lira mexicana, y este hecho me consuela y me alienta, porque me convence de que no serán las rústicas flores de mi pensil las que realmente lleven el perfume de la admiración mexicana hasta la culminante cima en que por los siglos de los siglos se asienta la heroica grandeza de Garibaldi.

Señores y señoras: Ha dicho un poeta que el mundo no es sino un prodigio eterno de amor, y en la consecución de ese prodigio, nadie es más puro, nadie más admirable que los grandes amorosos. El austero solitario de Caprera, el viejo luchador

que después de haber derramado sus santos anhelos de libertad en dos continentes, se cobijó en la honrada satisfacción del deber cumplido, y en la santa contemplación de los ideales adorados sin cesar durante toda su vida, cuando nadie, con mayor justicia y facilidad que él, hubiera podido disfrutar de homenajes regios; el anciano apóstol de la testa adorable, pura y leal como la de Pedro, ardorosa y consciente como la de Pablo, aparece ante la veneración de los postreros, envuelto en un esplendoroso nimbo de amor; desde su modesta cuna de Niza, hasta su voluntario retiro de Caprera, el amor fué su impulsor y fué su báculo, el amor en múltiples y sublimes manifestaciones, el amor que fué ternura para su familia, heroísmo para su patria y divinidad ante los hombres.

Con el mismo impulso de amor depositó su primer beso en la frente purísima de su Anita y abrió la brecha salvadora en los recios muros de la Porta Pia. Sin vacilaciones ni temores recorrió siempre la recta línea que el amor le trazaba. Por amor empuñó la espada infatigable de la libertad, por amor defendió á los uruguayos de la tiranía de Rosas, por amor llevó á mil blusas rojas hasta la conquista de la unidad italiana, por amor estrechó con lealtad íntegra la monárquica diestra del Rey «galantuomo» y por amor también renunció á todos los honores y dejó transcurrir sus viejos años, cuajados de merecimientos y de gloria, en la dulce quietud de una isla solitaria.

Pocas regiones de la gran patria humana hubieron de conmoverse tan intensamente durante el siglo XIX, como se conmoviera Italia. Si gloriosa por su pasado de todos los siglos, la última centuria acabó de acreditar á la tierra del Dante como esforzada, resistente y noble. No todos los pueblos hubieran sufrido victo-

riosamente los sacudimientos políticos á que Italia estuvo sometida en el siglo pasado, sacudimientos que, una vez vencidos, trajeron á la nación gloriosa hacia un nuevo y positivo resurgimiento. Muchos fueron, sin duda, los hombres que en tan terribles pruebas supieron extender gallardamente irrefutables giros contra la inmortalidad; pero entre todos ellos, Garibaldi se destaca con irresistible fuerza propia, que no acierta á caber dentro de los linderos de su patria bien amada y salva los mares para resplandecer lo mismo en la infinita llanura de la Pampa, que sobre la lírica tierra de Francia, hollada por la bota prusiana.

La Italia en que Garibaldi vió la luz primera, era una Italia desgarrada y trunca, una Italia desmenuzada en fracciones impotentes que no podían refrescar la sublime gloria del Lacio. Y sobre la debilitante división nacional se cernía en ave negra que amordaza las conciencias y pone trabas al pensamiento humano, el avetétrico que ha detenido tantas veces los más nobles impulsos de los hombres, y que ayer como hoy, hoy como mañana, en el Norte y en el Sur, desde el Oriente hasta el Ocaso, será siempre el enemigo nato de la libertad y del progreso: la fatídica ave negra del fanatismo.

Las aspiraciones de los patriotas italianos llegaron á los oídos de Garibaldi adolescente, y sembraron en su alma virgen los sagrados anhelos que por siempre habían de ser la norma de su existencia.

Muy temprano experimentó las primeras vibraciones intensas de la idea emancipadora; muy temprano sintióse arder en el amor por los oprimidos, y sin vacilaciones ni titubeos, entregóse temprano á la lucha santa, sin escatimarle un átomo solo de su sér. Su acción fué tan decidida, que en 1834, cuando contaba veintisiete años, la tiranía le había condenado á muerte y

el joven pescador de Niza se veía obligado á abandonar Italia, para escapar al cumplimiento de la terrible sentencia. Desde entonces fué su vida una epopeya prodigiosa que apenas puede seguir el espíritu humano en todas sus fases y eventualidades. La «Joven Italia», surgida al poderoso verbo de Mazini, fué la que lanzó á Garibaldi en el espinoso camino de la gloria, y Garibaldi, agradecido, algunos años más tarde, hizo á la nueva Italia el sublime homenaje del Capitolio Romano.

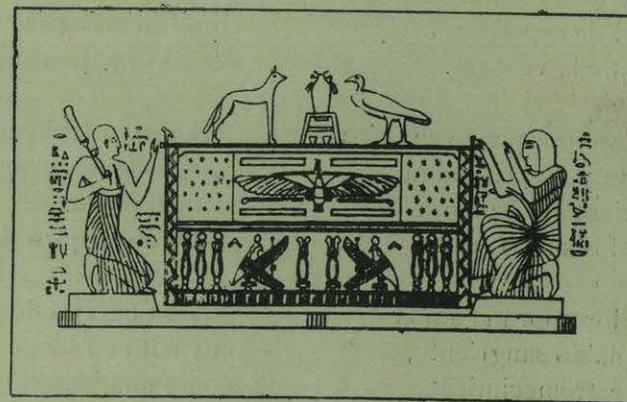
Soldado experto y denodado entre el fragor de la metralla, fué un político perspicaz y fuerte cuando las peripecias de la lucha obligaron á reyes y á príncipes á tratar con él de potencia á potencia. Y toda su acción culminaba en el mismo anhelo, todo su sér alentaba sólo por el amor de los hombres, como si su carne y su alma hubieran estado modeladas con todas las desdichas seculares de los hombres.

Su noble cabeza culminó siempre entre miembros de honor y de nobleza en todos los grandes sucesos que durante el siglo XIX marcaron nuevos derroteros á la humanidad.

Hijos de Italia, que en tierra aparentemente extraña conmemoráis con patriótica integridad el centenario del nacimiento de

Garibaldi; que interrumpis vuestra fecunda labor de todos los días para fortaleceros en la contemplación de tan alta gloria patria: es legítimo vuestro orgullo al sentirnos compatriotas del Coloso. Pero pensad que no es sólo vuestro, que su amor inmenso abarcó á todos los hombres, que todos los hombres tenemos para él gratitudes ineludibles y dejad que los mexicanos unamos nuestro canto al vuestro, con toda la palpación de nuestros corazones. En la patria de Juárez, Garibaldi tiene un altar por derecho propio, y ante las consideraciones de sus altos hechos, mexicanos é italianos nos sentimos estrechamente unidos en un impulso uniforme hacia la libertad y hacia el progreso.

Y hoy, que se celebra este centenario de orgullo para la Humanidad entera, dejadme interpretar muy brevemente el vivo sentimiento de todos mis compatriotas en esta salutación sincera. Los liberales mexicanos te amamos, Garibaldi, con toda la intensidad de nuestra alma consciente. Tu nombre y tu memoria siempre estarán en nuestra veneración y en la de nuestros hijos. Sé bendito, eternamente bendito, oh grande, oh fuerte, oh hermoso Garibaldi!





A MANÓN

(De un libro en preparación).

Ninguna le gana á hermosa,
pues nació al beso mi nena
de un suspiro de azucena
y un pensamiento de rosa.

Lleva en los ojos la vida,
sobre los labios el cielo,
y entre los rizos del pelo
toda la gloria escondida.

Cuando triste y seductora
sonríe ante mi pasión,
me hace ver una ilusión
por un recorte de aurora.

Es la visión blanca y pura
que ha ofrecido lontananzas
á mi bajel de esperanzas
en busca de la ventura.

La quiero porque en sus ojos
de amante y de prisionera
flota al viento la bandera
de todos los sueños rojos.

Y la adoro porque anida
sobre su labio sangriento,
como el estremecimiento
de un más allá de la vida.

Cuando pasa silenciosa
por los campos del amor,
deja tras sí el resplandor
de un ala de mariposa.

Y hay en el dolor sentido
que brota de su silueta,
como un sueño de poeta
que muere de haber vivido ...

De seda y de terciopelo
su voz hecha y de armonía,
es como una melodía
llorada en un violoncello.

Su alma sin malicia alguna
flota á ras de sus pupilas
como en las aguas tranquilas
descansa y duerme la luna.

Sobre su labio andaluz,
rojo, caliente y espeso,
salta el poema del beso
como un suspiro de luz.

Y su cuerpo de ilusión,
envuelto en blanco se esfuma
como una joya de espuma
labrada por un tritón.

Cuando marcó con sus huellas
el huerto del alma mía,
creí que la poesía
pasaba sembrando estrellas.

Llegó á mí como en algunas
músicas escandinavas
se deslizan las octavas
bajo el claror de las lunas.

Y aquel encuentro fortuito
que fué la aurora de un día,
floreció en el alma mía
como un cielo de infinito

Cuando adivinando amores
la presentí yo en mis sueños,
entre sus dedos pequeños
llevaba un ramo de flores.

Hoy que palpo la ilusión,
más que ayer la encuentro hermosa,
pero en sus dedos de rosa
se lleva mi corazón

Que otros de glorias mortales
perezcan entre la espuma;
yo sólo quiero la pluma
para escribir madrigales.

MANUEL UGARTE.

París.

